

Romanos 8:31-39

Romanos 8:31-39 Cuaresma 1, 2003 Pentecostés 11 2014 Is.
55:1-5; Rom. 8:35-39; Mt. 14:13-21

¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro o espada? Como está escrito: «Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero». Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni principados ni potestades, ni lo presente ni lo por venir, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro. (Romanos 8.31-39)

En la Epístola del domingo pasado, escuchamos las palabras consoladoras de que a los que aman a Dios, a los que son llamados conforme a su propósito, todas las cosas les ayudan a bien. En el sermón sobre ese texto que prediqué hace dos semanas, escuchamos por qué podemos estar tan seguros de que todo tendrá que ayudarnos a bien. Dios realmente formó un propósito de amor hacia nosotros desde la eternidad. En conformidad con ese propósito escuchamos la gloriosa progresión de las acciones de Dios hacia nosotros en cumplimiento de su plan. Nos conoció de antemano, nos predestinó, nos llamó, nos justificó, y es tan segura también nuestra glorificación que Pablo puede decir que nos glorificó. El centro de todo esto es la justificación. Es la verdadera base de nuestra seguridad y confianza: es lo que permite que unamos nuestras voces al glorioso canto de victoria con que Pablo termina este hermoso capítulo de su Epístola a los Romanos. Así que, meditemos en el tema hoy: **Tenemos una segura victoria en el amor de Dios**. Veremos I. que Dios ha demostrado que es por nosotros; II. que Dios nos justifica, y III. que nada nos separará de su amor.

Nuestro texto comienza: “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?” La manera en que se expresa en el griego aclara que esto realmente es el caso. Casi se podría decir: “Puesto que Dios es por nosotros”.

¿Pero podemos estar tan seguros de que Dios es por nosotros, o para decirlo de otra forma, que Dios está de nuestro lado? ¡Claro que sí! Ya lo ha demostrado de una forma irrefutable. Esto es lo que implica la descripción de lo que Dios ha hecho en su amor por nosotros. “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros”. Juan 3:16 también nos habla del gran amor de Dios, y exclama: “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna”. ¡Tanto amor, que ha dado a su propio Hijo! ¿Puede usted imaginar algo más precioso que el propio hijo de alguien? ¿Quién sacrificaría a su hijo para beneficiar a alguien más? Tendría que ser por alguien muy querido, ¿no es así? Y aun entonces sería muy difícil. Sin embargo, eso es exactamente lo que Dios hizo. No escatimó siquiera a su propio Hijo, su Hijo amado, sino lo entregó a la muerte por nosotros. Si Dios hizo eso por nosotros, seguramente nos ama sobremanera. Seguramente está de nuestro lado. No queda lugar a dudas.

¿Pero qué es lo que resulta de estos hechos? En realidad, estas son las verdades más consoladoras y animadoras. Si Dios es por nosotros, dice Pablo, “quién contra nosotros”. Ahora bien, con esto no quiere decir que nadie se nos opondrá, que nadie estará hostil a nosotros ni querrá hacernos daño. Lo que sí quiere decir es que puesto que el que está de nuestro lado es nada menos que Dios, el omnipotente, y el juez de toda la tierra, nadie podrá prevalecer contra nosotros. Si Dios está de nuestro lado, los que se nos oponen en nuestro camino al cielo están condenados al fracaso, porque en realidad se oponen a los mismos propósitos salvadores de Dios. No pueden tener éxito.

Puesto que ya ha dado lo que es mayor, porque ¿qué puede ser mayor que su propio Hijo Jesucristo entregado a la muerte por nosotros?, seguramente nos dará lo que es menor: “¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” La muerte de Cristo es la confirmación absoluta del sumo grado del amor de Dios para nosotros, de su voluntad de dar hasta lo mejor y lo más precioso por nosotros. Si ha dado a su Hijo a nosotros, seguramente ninguna cosa menor nos podrá faltar. Si Cristo ya nos ha rescatado de la muerte y el pecado, aunque no merecimos nada de eso, ¿cómo podría negarnos la salvación eterna y el cielo? No lo hará, sino que de hecho “nos dará también con él todas las cosas”.

En verdad, la disposición de Dios de dar hasta a su propio Hijo por nosotros establece sin lugar a duda que Dios nos ama. Lo ha demostrado de la forma más impactante e inesperada. Ha dado a su Hijo por nosotros. Está de nuestro lado. Nada podrá realmente hacernos daño. Realmente: “Sabemos, además, que a

los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (v. 28).

Dios no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros. ¿Pero qué significa esto para nosotros? Esto nos lleva al mismo corazón de nuestra meditación. “¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica”. Y cuando amplía este pensamiento, dice: “¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros”.

“Dios es el que justifica”; es el “justificador”. ¿Qué significa que Dios nos justifica? En el uso bíblico, “justificar” quiere decir “declarar justo” o “inocente”; significa absolver de toda culpa. Es la declaración del juez que declara que el acusado no es culpable.

Lo sorprendente en esto es que Dios no está declarando inocente a los que no han hecho nada mal, sino a los pecadores. En el capítulo 4 de esta Epístola, dice que Dios es “aquel que justifica al impío”. Sí, declara a personas que están realmente culpables, que han ofendido contra él, que en sí son impíos, sin pecado e inocentes.

Pero ¿cómo puede ser esto?, pueden preguntar. ¿No es Dios un juez injusto si declara inocente a los que son culpables? ¿No prohibió Dios mismo que los jueces humanos hicieran eso? En el libro de Deuteronomio Dios dijo: “Cuando haya pleito entre algunos, y acudan al tribunal para que los jueces los juzguen, estos absolverán al justo y condenarán al culpable”. ¿No está Dios violando su propio precepto al juzgar así?

La verdad es que Dios ya ha juzgado todo nuestro pecado, y la pena completa se ha pagado. Pero no somos nosotros los que lo pagamos, sino Cristo, el santo e inocente Hijo de Dios. “Cristo es el que murió”. O como Pablo dijo en el capítulo 5: “Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos. Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguien tuviera el valor de morir por el bueno. Pero Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”. En 2 Corintios Pablo escribió: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros seamos justicia de Dios en él” (2 Cor. 5:21). Es este gran intercambio que hace posible el veredicto de justificación que Dios pronuncia sobre nosotros los pecadores. A Cristo, el santo e inocente, Dios lo hizo pecado. Lo trató como el peor de los pecadores, como si hubiera cometido todos los pecados de todos los seres humanos en la historia del mundo. Y lo hizo para que nosotros que cometimos esos pecados pudiéramos ser tratados como santos y justos, cubiertos con el

manto de la justicia de Cristo mismo. Así que por los méritos de la perfecta santidad de Cristo, Dios llama a nosotros santos y justos; nos justifica.

Con la resurrección de Cristo Dios ya ha pronunciado que él aceptó el precio que pagó Cristo con su muerte en nuestro lugar. La resurrección realmente es la prueba absoluta de que Dios ahora considera a nosotros santos e inocentes delante de él. Es la declaración de que Cristo fue un sustituto adecuado por toda nuestra culpa, es la base firme y absoluta para la declaración de Dios de que somos justos, santos e inocentes delante de él.

Este Cristo que pagó el precio por nuestros pecados con su muerte en nuestro lugar y resucitó triunfante sobre el pecado y la muerte, ahora ha ascendido a lo alto y está a la diestra de Dios gozando de todo poder y gobierno sobre el universo entero. Allí también intercede por nosotros. Siempre habla a su Padre celestial a nuestro favor, diciendo que él ya ha pagado por nuestros pecados, de modo que debemos también ser recibidos en su glorioso reino celestial.

En vista de estos hechos indubitables, Pablo también nos anima con las conclusiones que presenta sobre la base de estos hechos. Nadie puede ya acusarnos; nadie puede condenarnos. Si Cristo, nuestro perfecto sustituto, ya murió por nosotros, si en base de esto el juez divino ya ha dado el veredicto de inocente a nosotros, obviamente nadie podrá prevalecer con ninguna acusación en contra de nosotros. El juez ya ha fallado a nuestro favor. ¿Cómo podría alguien todavía condenarnos? Éstas son las grandes verdades animadoras que Pablo nos ofrece para nuestra meditación en esta Cuaresma.

Es cierto, nosotros mismos estamos conscientes de nuestro pecado, nuestra culpa, y de que merecemos sólo la condenación de Dios. Eso hace difícil a veces que tengamos el ánimo y la seguridad de nuestra salvación que Dios quiere que tengamos. No olvidemos estos grandes hechos cuando Satanás trate de infundir en nosotros dudas de nuestra salvación. Nuestra esperanza de la salvación tiene un fundamento absolutamente firme en la muerte, resurrección y ascensión de nuestro Salvador.

De hecho, Pablo también nos asegura que nada nos podrá separar del amor de Cristo. “¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro o espada? Como está escrito: «Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero». Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó”.

Otra cosa que podría hacernos dudar de nuestra salvación y el amor de Dios son los muchos contratiempos en la vida. Pablo menciona varios de ellos. Primero la tribulación y la angustia. El hecho de ser cristianos no nos quita todos los problemas en la vida. Cristo mismo sufrió, y es a través de muchas tribulaciones que entraremos en el reino de Dios, en el reino celestial de gloria. Pero ése es el destino seguro, así que no nos podrán separar del amor de Dios. Más bien, aun las tribulaciones y las angustias Dios las hará cooperar para nuestro bien eterno.

A veces sufrimos precisamente por ser cristianos; nos persiguen. Sin embargo, Cristo nos recordó: “Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados seréis cuando por mi causa os insulten, os persigan y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos, pues así persiguieron a los profetas que vivieron antes de vosotros”. Así que aun la persecución al fin sólo podrá traernos bendición.

Aun las carestías de lo más esencial para esta vida física no podrán separarnos del amor de Cristo. Pablo menciona hambre y desnudez. Podemos pensar en el pobre Lázaro y cómo en esta vida sufría, pero terminada esta vida se encontraba en el seno del padre Abraham.

Somos más que vencedores, dice Pablo; tenemos la más gloriosa victoria aun en medio de todas estas cosas, porque el que nos acompaña en todas ellas es nuestro victorioso y amoroso Señor que comparte su victoria con nosotros.

Así que Pablo puede exclamar en conclusión: “Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni principados ni potestades, ni lo presente ni lo por venir, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro”.

Si vivimos o morimos, somos del Señor. Ningún ser sobrenatural puede interferir con nuestra relación con aquel que es el Señor del universo. Nada en el tiempo ni la eternidad puede quitarnos el amor de Cristo. De hecho, nada en el universo entero, nada creado nos puede separar de aquel que nos ha amado con un amor eterno y nos ha salvado en Cristo Jesús. Con segura fe, unamos nuestras voces con la de Pablo, y clamemos también: “Nada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro”.

Amén.